

HISTORIAS CON MÁSCARAS UN VIAJE TEATRAL HACIA LA UTOPIA



Vivian Martínez Tabares

Casi al cierre de junio, la sala Manuel Galich de Casa de las Américas acogió el espectáculo unipersonal *Historias con máscaras*, creado por la actriz cubana Roxana Pineda, del Teatro La Rosa, como un tributo teatral al escritor y periodista uruguayo Eduardo Galeano, fallecido en abril último.

Historias con máscaras fue estrenada en 2006, cuando Roxana Pineda formaba parte del Estudio Teatral de Santa Clara, y preparándose para una gira a Colombia en la que tenían programadas presentaciones en escuelas y para la cual necesitaban un montaje sencillo y fácil de mover, decidió crear un unipersonal. Desde entonces la actriz, directora y dramaturga de la escena lo ha puesto muchas veces en espacios alternativos rurales de Santa Clara, en círculos juveniles, casas de cultura, y en explanadas de pequeños pueblos, pues la propuesta fue creada para encontrarse con el público sin grandes exigencias técnicas, allí donde haya personas dispuestas a dejarse seducir por el teatro, por la palabra aguda de Eduardo Galeano y por el juego corporal con las máscaras y los títeres, en diálogo con la música y la acción escénica.

La puesta en escena es minimalista y austera, sencilla pero potente desde su precisión y limpieza en la composición, el gesto y el movimiento, así como en la interpretación vocal y musical, pues Roxana ha ido educando su voz y ya acumula también en su repertorio dos recitales de canciones. Las búsquedas expresivas durante más de veinte años de trabajo sostenido en la creación de una dramaturgia del actor, las investigaciones en torno a la antropología teatral y el diálogo regular con expresiones de vanguardia de la escena latinoamericana, se traducen en una partitura en la que la actriz se mueve segura en el manejo de la energía, crea una gestualidad extracotidiana y

nada figurativa, capaz de despertar imaginativas asociaciones en el espectador, invitado así a adentrarse en su trabajo por la vía de lo sensible.

Admiradora de Galeano, la creadora acudió a su libro *Las palabras andantes* para establecer un contrapunto con el juego escénico y los artificios, y de él tomó la estructura en viñetas, fragmentada y aleatoria en mezclar tonos y registros, geografías y aproximaciones genéricas, siempre marcadas por la agudeza reflexiva. Esa impronta marcó la composición del montaje teatral, en el que confluyen la historia de José y María, a la vez realista y fantástica, alusiones al imaginario mágico religioso, junto con personajes fugaces que desfilan ante nosotros y sugieren estados de ternura y de dolor, que aluden a la vida y a la muerte, mientras escuchamos una banda sonora en vivo con temas musicales de raigambre latinoamericana que enlaza fragmentos de los cantos a los orishas de la cultura afrocubana y afrocaribeña, con pasajes de Mozart, la polka de origen checo “Barrilito cervecero” que hicieran suya muchos músicos latinoamericanos, y el tema anónimo del folklor venezolano “Allá viene un corazón”, que Roxana aprendió de oírsele cantar a su abuela mientras la acunaba. Así, la obra no sigue una ilación tradicional, salvo en el momento hermosísimo de manipulación titiritera con los muñecos de bastón y madera, cuando la actriz cuenta y representa en el piso la “Historia de los siete prodigios” y representa la derrota de José, vencido por el amor, con la cual cierto tono chispeante pasa a primer plano.

Para componer esta suerte de collage durante cuarenta minutos las variadas máscaras cobrarán vida, una de ellas creada por la artista y maestra neozelandesa residente en Puerto Rico, Déborah Hunt, y otra construida por la propia actriz en un taller que Deborah impartiera hace años en Santa Clara. Utiliza además otras máscaras, elaboradas por el músico y atrezzista remediano Eduardo Quincoso, y

¹ Una primera versión de esta reseña apareció publicada en el número 7 de la revista *En Conjunto* (julio-agosto 2015) de la Casa de las Américas, La Habana, Cuba.,



títeres digitales de estambre, salidos de un mercado popular peruano, que le regaló la actriz Ana Correa, más otros objetos que fue sumando a su quehacer, como las botas o el paraguas, de fuerte impronta visual, y curiosos elementos, como la miga de pan, el trozo de queso casero y la ramita de cilantro. El trabajo técnico para la apropiación de cada una de las máscaras la fue llevando a incorporar también con el cuerpo sensaciones y sentidos, acoplados al canto de Oshún o Yemayá, que sirven de transición a dos de los pasajes.

Historias con máscaras luego de Colombia siguió a Perú y al Ecuador, volvió a adentrarse en ámbitos populares cubanos, y en cada escala se alimentó de aires que encontraron resonancias nuevas para las palabras de Galeano. Y quizás sin proponérselo, como las *Historias para ser contadas*, de Dragún —que recordé viendo la puesta en escena—, estas reúnen situaciones dramáticas y debate ético sin moralina.

Recorrido por comportamientos humanos, viaje desde el teatro por las alegrías de la vida y por el dolor, la pérdida y hasta la muerte, el espectáculo transita en paralelo por una biografía personal y artística y a la vez por una saga universal, humanista, desde el compromiso expreso con la utopía como meta y sostén del camino. 

Vivian Martínez Tabares (La Habana, 1956) Crítica e investigadora teatral cubana, editora y profesora universitaria. Licenciada en Teatología por el Instituto Superior de Arte, de La Habana, y Doctora en Ciencias sobre Arte por la misma institución. Dirige la revista especializada de teatro latinoamericano *Conjunto* y la Dirección de Teatro de la Casa de las Américas. Desde allí organiza la Temporada de Teatro Latinoamericano y Caribeño Mayo Teatral. Es miembro del Consejo Nacional de la UNEAC y con regularidad ejerce la crítica teatral en diversos medios.

